

---

## La Paz por dentro: Ecuador – Perú, testimonio de una negociación

---

Francisco Carrión Mena\*

El 28 de octubre de 2008, el ex Ministro de Relaciones Exteriores, Comercio e Integración, Embajador Francisco Carrión Mena, presentó su libro “La Paz por dentro; Ecuador-Perú, testimonio de una negociación”. Por su interés, la Revista AFESE reproduce el texto de la intervención del Embajador Carrión Mena en dicha oportunidad.

Señoras y señores:

Pertenezco a una generación de ecuatorianos nacida después del conflicto bélico de 1941-42 que enfrentó a Ecuador y Perú y que culminó con la suscripción del Protocolo de Río de Janeiro cuyo propósito debía ser la solución a la centenaria controversia territorial pendiente entre los dos países. Instrumento impuesto por la fuerza y triste epílogo de una contienda militar que nunca debió producirse pero que culminó con la derrota del más débil: el Ecuador.

Una generación convencida de la justicia y de la razón de la causa ecuatoriana pero al mismo tiempo realista y consciente del inconmensurable valor de la paz como bien

supremo sobre el que se fundamenta cualquier esfuerzo por promover y alcanzar el bienestar de los pueblos.

Una generación que habiendo conseguido no sin dificultad una madurez histórica suficiente, tuvo en sus manos al mismo tiempo la capacidad, el deber y la responsabilidad de adoptar y asumir –con todos los riesgos que ello implicaba– decisiones trascendentes en la búsqueda de un mejor destino para el Ecuador.

Una generación que recibió un país varias veces mutilado; recortada su geografía desde su nacimiento como nación y en su vida republicana. Un Ecuador a la vez frustrado porque, en el curso de su Historia,

---

\* Embajador de carrera del Servicio Exterior. Ex-Ministro de Relaciones Exteriores de la República del Ecuador

cada intento por resolver la controversia territorial resultaba ser peor que el anterior. ¡A comienzos del siglo XX, por ejemplo, cuánto habríamos querido que se ejecutara el Tratado Herrera-García de 1890!

Una generación frustrada por saber que, a pesar de tener el derecho y la historia de su lado, no se tenía la fuerza ni se disponían de los medios materiales para hacerlos valer.

Una generación desconocedora, pero sobre todo mal informada, de la realidad y de la historia de la controversia con el Perú; de sus vicisitudes y sus dudas; de las responsabilidades y de los responsables, pero no por ello menos decidida a suplir esas carencias para construir una firme identidad como nación serenamente consolidada hacia el futuro.

Pero, asimismo, pertenezco a una generación que tuvo la oportunidad de servir a su país en un momento histórico que nos llevó a encontrar, a través de la negociación pacífica y luego de una brillante página militar que la hizo posible, una solución al problema territorial acorde con la dignidad de un país soberano, pequeño en población y territorio pero grande en historia, en cultura y en proyección futura.

La aparición de este libro merece algunas explicaciones.

Para empezar, su título: “La Paz por dentro; Ecuador-Perú, Testimonio de una negociación”. “La Paz por dentro” por que relato pasajes que no son de conocimiento público y creo que pasados diez años deben serlo. Por ejemplo, la socialización del proceso con sectores a los cuales no se les había consultado antes sobre cómo abordar la controversia territorial y que implicaron más de doscientas reuniones en tres años con dirigentes y responsables de la sociedad civil.

Cómo olvidar expresiones como la de un dirigente shuar quien en una de esas reuniones dijo con firmeza y convicción que su pueblo era guerrero por cultura y tradición y que precisamente por ser guerrero amaba la paz y, en consecuencia, apoyaba la negociación. O la de otro dirigente indígena de la sierra quien afirmó que respaldaba la consecución de la paz por que sin ella no era posible satisfacer las necesidades básicas de su pueblo; dijo con franqueza estar en contra de la guerra “por que a ella sólo son llamados los pobres y los indios”. O la de una dirigente política que afirmó que las mujeres son las que más sienten los horrores de la guerra y más valoran la paz pues son sus hijos los que van al frente de batalla.

Otros ejemplos: la forma responsable en que se prepararon los alegatos y cómo en esa tarea parti-

participaron ciudadanos patriotas y desinteresados en momentos en que era incierto el resultado del proceso. Las consultas que se hicieron a dirigentes políticos, entre ellos a varios ex Presidentes, para conocer sus opiniones y fortalecer así nuestra posición negociadora. En fin, muchos fueron los esfuerzos que se hicieron sobre los cuales poco se conoce.

Por diversas circunstancias, tanto académicas como profesionales, estuve cerca -en los últimos veinte años- del manejo diplomático del principal tema de la política exterior del Ecuador durante su historia: el diferendo territorial con el Perú. Después de diversas peripecias y, sobre todo, como consecuencia de la heroica lucha del Alto Cenepa, pudo el Ecuador finalmente emprender en una negociación digna que le llevaría a encontrar un arreglo definitivo. Y yo, por mi parte, la honrosa y sin par oportunidad de involucrarme profesional y personalmente en el proceso y en su desenlace.

Esa participación, en algunas ocasiones directa, la incidencia e importancia del tema en la historia del Ecuador y un sentido de responsabilidad generacional de compartir lo vivido, me han llevado a la decisión de relatar las experiencias por las que atravesé en el largo proceso de normalización de las relaciones ecuatoriano-peruanas. Aclaro que el recuento no pretende solamente ser

eso, un recuento, intenta también interpretar, según mi leal entender, las causas y consecuencias de lo acontecido. Mi aspiración fundamental y honesta con esta obra es hacer un aporte a un mejor conocimiento del proceso de consolidación del Ecuador y de su identidad histórica en un tema, el de la controversia con el Perú, no por trágico menos relevante y que requiere de una indispensable asimilación colectiva para hacer frente a un futuro que aunque incierto, sea independiente.

Reconozco que éste es un episodio histórico que podría tener múltiples apreciaciones, tantas como actores participaron en la negociación, todas ellas según la óptica de sus protagonistas. En “La Paz por dentro” yo quiero ofrecer una de esas apreciaciones. No pretendo conocer todo lo sucedido ni cómo todo ello sucedió. Cuento lo que me consta, lo que viví y doy, al propio tiempo, mi interpretación, hasta donde me es posible, objetiva y franca de lo acontecido. Constructivo sería que otros actores, más relevantes que yo, se animaran asimismo a contar cómo vivieron este período de la historia ecuatoriana, a dar su testimonio, a ensayar otra versión y otro análisis.

He querido de manera particular rescatar lo fundamental que resultó el aporte de todos los ecuatorianos que participaron en este proceso en sus diferentes respon-

sabilidades, desde sus respectivos campos de acción o de participación social. Resaltar cómo si se puede trabajar armónicamente entre las diversas instituciones del Estado y de la sociedad cuando hay objetivos claros, transparencia, buena fe y voluntad de superar obstáculos para alcanzar fines superiores por encima de diferencias ideológicas o de intereses particulares. En ese aporte se cuentan inclusive los críticos a la negociación cuyas reflexiones, sin duda motivados por su sincero amor a la Patria, fueron útiles y hasta necesarios. Tengo el convencimiento de que todo el proceso fue una especie de “minga” de ecuatorianidad y de patriotismo que bien podría replicarse ahora en la solución de otros temas nacionales trascendentes.

No propongo reivindicar como un éxito el resultado de la negociación. ¡Nada más alejado de mi propósito! Yo en su momento manifesté públicamente mi insatisfacción frente a lo conseguido en los acuerdos. Pero también señalé que en ninguna negociación las partes salen plenamente satisfechas, siempre hay inconformidad entre lo que se aspiraba y lo que se consiguió. Por ello creo que habiendo sido un proceso digno, al tiempo que realista, que nos condujo a una paz invalorable y que ambos pueblos querían, todos los ecuatorianos debemos tener la frente alta y la conciencia tranquila a pesar de haber

tenido que hacer dolorosos renunciamentos.

Por ello cabe aquí expresar con satisfacción el nivel de comprensión, de trabajo conjunto, de afinidad y de voluntad de afrontar los verdaderos problemas sociales, económicos y hasta estratégicos al que han llegado Ecuador y Perú. Se superaron los resquemores y desconfianzas. Los dos países son lo que siempre debieron ser: hermanos.

De manera especial, he querido reivindicar la gestión profesional y patriótica del Servicio Exterior Ecuatoriano, al cual he pertenecido por más de treinta años. Sus integrantes, en todos sus estamentos y en su respectivo nivel de responsabilidad y en los distintos períodos del proceso de normalización de las relaciones con el Perú, demostraron su capacidad para hacer frente a la más compleja y sensible negociación que ha llevado a cabo el Ecuador en su historia. Subrayo necesariamente el inteligente y dedicado trabajo desplegado por el Canciller José Ayala Lasso a quien el Ecuador mucho le debe. La diplomacia ecuatoriana ha sido injustamente criticada por décadas precisamente a causa de la divergencia territorial. Lo ha sido de manera ligera sin considerar que su tarea ha obedecido a decisiones políticas de quienes tenían a su cargo la dirección del Estado más que a

la capacidad de sus miembros. He creído de justicia rescatar y poner de relieve cómo, a pesar de los desfavorables condicionantes internos e internacionales en que se desarrolló el proceso, pudo gestionar con éxito esta difícil prueba.

Pero por sobre todo, éste pretende ser un libro positivo, optimista, que nos lleve a conocernos mejor y a comprender de lo que somos capaces cuando actuamos unidos, cuando superamos nuestras diferencias y potenciamos nuestras fortalezas, cuando dejamos de lado los intereses individuales o de grupo y colocamos el interés superior de la nación como objetivo final. Cuando damos el valor que merecen las instituciones y no solamente a los sentimientos individuales circunstanciales.

No es un cliché, es una realidad: la paz es un proceso que se construye todos los días. Ya lo dijo Ghandi: “No hay camino para la paz, la paz es el camino”. De ahí que la suscripción de un documento por muy bien negociado, bien intencionado y sólidamente respaldado que sea no es suficiente para garantizar la paz entre dos países. Hay que trabajar por ella, para ella, dentro de ella, hasta que se haga parte de la cotidianidad. Para que sea ese el camino de Ghandi. Y todos, ecuatorianos y peruanos, tenemos la responsabilidad compartida de cultivarla y reafirmarla. Cada uno en su esfera de

acción: el estudiante y el profesional, el diplomático y el militar, el campesino y el comerciante, el industrial y el periodista, el artesano y el maestro, el líder político y el historiador, el obrero y el empresario, el cura y el intelectual, todos, en lo suyo, constantemente, pensando en el futuro, debemos construirla y enriquecerla. El esfuerzo que encierra este libro tiene ese propósito. A través del mejor conocimiento de cómo se alcanzó esa esquivada paz aspiro también a aportar a su consolidación.

Creo que para el caso del Ecuador, ahora más que nunca en que nos encontramos en lo que parecería un proceso de profunda transición, nada podremos hacer sin la paz, sin paz con nuestros vecinos y sin paz entre nosotros mismos.

Y por último quiero compartir una reflexión personal. Podría decir que escogí la diplomacia como profesión, probablemente por vocación, por convicción e inclusive por curiosidad de ver mundos diversos. ¡Y vaya que si me ha dado oportunidades y experiencias que difícilmente habría podido vivir en otra actividad! Que duda cabe: me he enriquecido humana y culturalmente. También creo haber hecho aportes a mi país en la promoción de sus valores, en la aplicación de principios y en el logro de sus objetivos. He vivido intensamente mi patria y mi carrera.

Sin embargo, solamente cuando pude participar por dentro en el proceso de normalización de las relaciones con el Perú, en particular el intenso período de las negociaciones de Brasilia que culminaron con los Acuerdos de Paz de 1998, comprendí el sentido de la profesión que había abrazado en 1974. Hasta ese histórico momento que tan de cerca me correspondió vivir no había asumido el valor intrínseco de la diplomacia y sus beneficios. Por el contrario, en algunas oportunidades hasta me había llegado a cuestionar su utilidad. Pero no, encontré que no me había equivocado al escoger esta profesión. Que había acertado plenamente pues a través de ella había podido ser de utilidad para mi país y para el futuro de mis hijos. Para que ellos y su generación sí hereden, a diferencia de mi generación, un país en paz, sin los negros nubarrones de la guerra en el horizonte.

Estas palabras estarían incompletas si no rindo mi reconocimiento y admiración a quienes con su sangre hicieron posible la paz. Y con ese propósito quiero evocar el recuerdo del Mayor Ingeniero Orlando Baquero, fallecido junto con otros oficiales y personal de tropa del Ejército ecuatoriano cuando el helicóptero que los trasladaba desde un hito en construcción en la frontera hasta Gualaquiza se precipitó a tierra accidentalmente. Conocí a Orlando Baquero desde el inicio del relato de

mi libro cuando ya en septiembre del año 1991, en el Batallón Santiago tuve el privilegio de valorarlo personalmente. Fue un distinguido oficial y capacitado técnico que participó en todo el proceso y cuya memoria debe ser recordada permanentemente por quienes tenemos la suerte de disfrutar, a partir de 1998, de la paz con el Perú.

Paradojas del destino: un oficial altamente calificado y preparado para defender como militar la soberanía nacional y que participó con patriotismo y valentía en el conflicto del Alto Cenepa, murió una vez firmados los acuerdos de Brasilia realizando precisamente labores de demarcación definitiva de la frontera para que la tan ansiada paz entrara plenamente en vigor. Las Fuerzas Armadas y el Ecuador entero perdieron a un brillante oficial, un hombre de excepción y un ser humano de bien.

Pero así mismo como tuve la suerte de conocer –y por ello lo he citado– al Mayor Baquero no conocí a muchos otros valerosos oficiales y soldados ecuatorianos quienes igualmente ofrendaron su vida no sólo en el Alto Cenepa sino en Paquisha y en otros enfrentamientos armados, defendiendo nuestra integridad. De “aquella muchachada militar que cumplió con su deber” –al decir de Benjamín Carrión al comentar la tragedia del 41– a la cual no conocí personalmente, tengo

también que decir que el Ecuador tiene una deuda que deberá pagarse a diario con la convivencia pacífica digna, con el desarrollo social, la salud, la educación de sus hijos que son los hijos de todos los ecuatorianos, para que sus vidas no hayan sido sacrificadas en vano.

A todos ellos también mi reconocimiento y mi admiración.

Lo dijo Mario Benedetti: “La paz nueva conoce quienes somos y nos hace mejores”.

Y el mismo Benedetti nos recuerda la sabiduría popular cuando cita el refrán: “La paz es la madre del pan”.

Gracias.